

CAPRICHOS

EL RETRATO DEL GRECO

EL padre miraba aquel Greco como su única fortuna, como el legado que le habían dejado sus antepasados para que él, que había resultado la más miserable rama del árbol genealógico, no pereciese algún día.

Acabaría por venderlo. Siempre lo había pensado así.

Mas su hijo Raimundo comenzó á crecer, á espigarse, y á parecerse al cuadro de tal manera que el padre tuvo que desistir de enajenar el cuadro del Greco por como volvía á ser retrato de uno de la familia, retrato de un vivo, y del más entrañable.

—No podemos vender el cuadro—le dijo á su esposa una noche—. Sería como vender á nuestro hijo, como si hubiese muerto y después de él sus últimos parientes... Este cuadro le servirá de salvaguardia y mostrará á todos de qué honrada estirpe es, pues, después de tantas vicisitudes, se parece tanto á su tatarabuelo, que sale á él... No hay que probarle la ascendencia... Queda acrisolado como bien nacido.

El joven, que cada vez medraba más, se parecía tan enteramente al caballero retratado por el Greco, que todo el pasado se hacía historia contemporánea, y en las vidrieras de los balcones de aquella casa se aglomeraba y se anublaba el tiempo antiguo.

EL TÉ DE TODAS LAS TARDES

Habían comprado un servicio de té magnífico, una mesa de té, con ruedas, que daba vueltas á la habitación como cochecito de niño, y una de esas mesas cluecas que tienen debajo seis mesitas más, que pueden cobrar independencia en un momento dado.

Desde que comenzaba el otoño, el servicio de té, principian-do por la enorme tetera, que era un elefante por cuya trompa salía la infusión, y acabando por las mesitas, todo exigía que se reanudasen los tés.

—¡A ver cuándo comenzamos!
—¡Hay que citar á la gente!
—¡Ya debía estar el agua hirviendo!

Aquellos tés con todo eran la ruina del matrimonio, y más que nada la exigencia de las siete mesitas, que reclamaban sus invitados y que resultaba muy agradable desplazar por la habitación, haciéndolas jugar á las siete esquinas.

Todas las tardes, como prestidigitadora del té, sacaba de la mesa única las siete mesitas y las iba distribuyendo por la habitación, hasta que, por fin, decidieron regalar la mesa desplegable, para que acabasen los tés ruinosos.

EL HUECO DEL SOFÁ

En aquel hermoso sofá inglés, el asiento era tan móvil que dejaba un hueco profundo detrás de él, marchándose por allí las cosas como por un bolsillo con el forro roto.

Eran inagotables las tragaderas del opulento sofá de asiento traslático, pero nadie se ocupaba de ver lo que se tragaba. Una apatía especial, una repugnancia de andar en las axilas á las cosas, hizo que nadie rebuscase en las faltriqueras de aquel magnífico sofá para cinco personas.

El gran sofá caminaba en el tiempo como

una sección de vagón de primera, siempre esperando á los viajeros del día en un viaje de todos los días.

Hasta que un día se le ocurrió al ama de la casa registrar en la brecha profunda entre asiento y respaldo, encontrándose numerosos abanicos, bolsillos llenos de cosas y dinero,

lo llenaba de aburrimiento, le daba una vida silenciosa, como con habitantes de otro mundo mezclados á su mundo.

Cuando dejaba el despacho, sólo le hacía gracia pensar que allí quedaban los peces dando vueltas en la pecera. Daban vida á su despacho, en su ausencia, ponían una gran laguna con su vida llena de secretos en aquel espacio tan confinado.

A veces le pesaban, le cargaban y, si hubiera podido, los hubiera echado á volar... ¿A volar?

Esa era la dificultad que había, que no podía echárselos á volar; que había que echarlos á nadar, ó sea que había que llevarlos á un estanque.

Los peces dorados, rojos, azulencos, giraban constantemente en la pecera, haciéndose ilusiones de que andaban en más extenso recinto.

Aquellas vidas incomprensibles, con otras ideas que él no podía compartir, eran como una plaga de la habitación; pero él no sabía qué hacer con sus peces, cómo desprenderse de ellos.

—¡Que dan la mala suerte!—le decían; pero él tampoco comprendía qué mala suerte le podían traer.

Era solo, con un destino seguro y fijo, con salud ya bastante probada.

Hasta que un día se lo encontraron con la cabeza caída sobre la mesa, muerto en un ataque de apoplejía, los peces rebullendo en su pecera, un poco asustados y alborotados, tal vez, con el agua turbia de un día sin mudar...

EL SUEÑO CERRADO

Cuando le fueron á llamar aquella mañana, no respondió.

Hubo un momento que se creyó que había muerto, pero pronto se encontró su pulso vivo y rotundo.

—¡Don Pedro, despierte!—le gritaba la vieja sirvienta.

—¡Don Pedro!—le gritaba una vecina que había sido requerida por la vieja sirvienta, y que llevaba los churros del desayuno en su llavero de junco.

—¡Don Pedro!—le gritó con vozarrón descompuesto el portero, dándole los bofetoneos que se dan al desmayado, para que se reponga.

Llamaron al médico, por si era la enfermedad del sueño, pero el médico aseguró que no era eso, sino un sueño profundo y normal.

Entonces se avisó á la Academia de Medicina, y, en gran consulta, hubo un doctor que dió con la razón de su sueño y la manera de despertarle.

—Está afondado en su sueño—dijo—, y, por lo tanto, sólo bajando al sótano se le podrá despertar... Hasta el sótano ha caído en su sueño afon-

dado y pesado...

Bajaron al sótano; descorrieron los cerrojos de la última cripta, y allí gritó el de la idea: «¡Don Pedro! ¡Don Pedro!», y los que arriba vigilaban el sueño del dormido, precipitaron por las escaleras abajo la noticia de que había despertado ya.

—¡Yaaa!

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA

DIBUJO DE BALDRICH



mucho dinero, pues sólo en una carterita anónima había la cantidad de diez mil piastras. La apañada mujer guardó el tesoro del sofá, porque nadie se acordaba ya de todos aquellos bolsillos, abanicos y cantidades que había perdido, además de que había sido el sofá el que había retenido todo aquello y sus propios dueños los que lo habían echado en el buzón.

LA PECERA

Tenía una pecera en su despacho, y la pe-